



Paz y Bien

XXX Domingo durante el año
28-X-2007

Textos:

Ecl.: 35, 12-14. 16-18.

Tim.: 4, 6-8. 16-18.

Lc.: 18, 9-14.

“¡Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador!” (Lc. 18, 13).

Jesús – Maestro, vuelve a instalar el tema de la oración, que venimos meditando.

La parábola de los dos hombres que subieron al templo a orar, el fariseo y el publicano, nos muestran cual es la oración que realmente llega a Dios. Ya el lugar que ocupa cada uno de ellos en el templo muestra la diferencia. Uno reza “de pie” en la parte delantera, como si el templo le perteneciera, el otro en cambio se queda “atrás” sin atreverse siquiera a levantar la mirada, como si hubiese traspasado el umbral de una casa que no es la suya. “El fariseo transita un camino que conduce directamente al encuentro de sí mismo, pero ése es precisamente el camino que lleva a la pérdida de Dios. El publicano, por el contrario, no encuentra en sí más que pecado, un vacío de Dios que en su oración de súplica (“ten compasión de este pecador”) se convierte en un vacío para Dios. El hombre que tiene como meta última su propia perfección, jamás encontrará a Dios; pero el que tiene la humildad de dejar que la perfección de Dios actúe en su propio vacío -no pasivamente, sino trabajando con los talentos que se han concedido- será siempre un «justificado» para Dios” (Von Balthasar). Hermanos, sólo Dios nos santifica, “si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los albañiles”.

El Señor en la parábola subraya dos elementos muy importantes de la vida de oración: la humildad y la conciencia moral.

En primer término, debemos reconocer que es la humildad la que nos permite abrirnos al verdadero diálogo con Dios, al que no podemos engañar ni mentir; por eso san Basilio nos dice: “Recuerda que estás bajo los ojos de Dios, que mira los secretos del corazón y conoce lo oculto de las almas” (Admonitio ad filium spiritualem).

Hermanos, no podemos orar de otra manera, ya que “orar con modestia y humildad será una buena recomendación de nuestras peticiones a Dios... (pues)... Dios no es oidor de voces, sino de corazones...” (Tertuliano, “Tratado de la Oración”, 11).

La humildad en la oración es recomendada por los maestros espirituales, así, Santo Domingo de Guzmán enseñaba a sus frailes distintos modos de oración, colocando en primer lugar a la humildad, ya que por esta virtud, “obtuvo la cananea cuanto deseaba (Mt. 15, 21-28) y lo mismo el hijo pródigo (Lc. 15, 11-32)”. (“Los nuevos modos de orar”, entre 1226-1298).

¿No es acaso, una expresión de humildad lo que decimos antes de recibir el cuerpo de Cristo?: “Yo no soy digno que entres en mi casa” (Mt. 8, 8). Recordemos, siempre que “la súplica del humilde atraviesa las nubes” (Ecl. 35, 17). De esta manera, al publicano “la humildad lo hace orar y la oración lo hace humilde” (San Doroteo, 2 Conf. 38).

El segundo punto de nuestra meditación es la conciencia moral, que de manera diversa expresan los personajes de la parábola.

La conciencia moral, que en estos tiempos parece adormecida, obnubilada, o poco formada; y esto es grave, pues ella es el rostro del alma y el espejo de las profundidades del hombre. Desde la voz de su conciencia, el publicano, ante Dios “se golpeaba el pecho diciendo: « ¡Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador! »” (Lc. 18, 13).

Existe una íntima y profunda relación entre la vida de oración y la conciencia moral, ya que “una de las funciones más importantes de la vida de oración es la de profundizar, fortalecer y desarrollar la conciencia moral.

Hermanos, “el hombre que nunca reza es aquel que ha tratado de huir de sí mismo porque ha huido de Dios. Pero por muy irreal que sea ese hombre, será más real que el que ora a Dios con un corazón falaz y mentiroso” (T. Merton: “Los hombres no son islas”). Esto nos recuerda a santa Teresa, cuando afirma que “humildad es andar en la verdad”.

Dirigiendo nuestra atención a los personajes de la parábola, vemos que el publicano es más honrado de lo que se imagina, porque reconoce la verdad de su estado, confiesa que él y Dios no están en paz. El fariseo no es sólo un mentiroso consigo mismo, sino que trata de que Dios lo sea también, al invocarle para que apruebe la mentira.

No debemos negar nuestras fragilidades, pero ellas no deben alejarnos de la oración, no dejemos de rezar cuando nos sentimos en falta; san Gregorio nos exhorta: “Siga clamando el pecador, que su oración llegará hasta el corazón de Dios. Y san Jerónimo sostiene que “el pecador puede llamar padre a Dios, y será su padre y si persiste en acudir a Él con la oración será tratado como hijo.

Nuestras debilidades e impotencias no deben desanimarnos, “jamás se nos ocurra pensar -dice san Alfonso María de Liguori-: no puedo..., no me siento con fuerzas... Es cierto que con nuestras fuerzas nada podemos, más lo podemos todo con la ayuda divina” (“Del gran medio de la oración, III). Y san Agustín nos dice: “...no perdáis la esperanza, aunque seáis pecadores (Sermón 135).

Hermanos, pidamos al buen Dios, nos haga veraces, humildes y confiados en el poder de la oración, que “es el único poder que vence a Dios” (San Ambrosio, “De Oratione”, c. 29) y “es la llave maravillosa que nos abre todos los tesoros del cielo” (San Agustín).

Amén.

G. in D.